

# Guante de seda, mano de hierro

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 24.04.09

Como era de esperar, lamentablemente, Mariano Rajoy no se atrevió a dar el paso de estadista que le pedía el editorial de La Vanguardia. Visitó Barcelona, le encantó la fiesta de Sant Jordi, pero, ante la nube de periodistas que le preguntaban por el recurso del Estatut, se reafirmó en las posiciones ortodoxas del PP. "Es lo que hay", remató, castizo. Al parecer, en su entrevista con el president Montilla hablaron del Barça. La de Rajoy ha sido una visita zapateril. Elogios al Barça, a las rosas y los libros, pero distancia sideral con el catalanismo. El catalanismo no es la única manera de entender Catalunya, pero tiene un arraigo y un peso determinantes. El estadista de altura será (si alguna vez llega) aquel que se atreva a saltar por encima de la ruidosa barrera de la incomprensión y el mutuo desprecio. Un estadista de altura ingeniaría un puente entre la tradición catalanista y la españolista (tradición, esta última, que forma parte del legado que heredó el PP). Ingeniar un puente implica gestos de gran calado, como retirar el recurso del Estatut. Gesto que tendría otras consecuencias positivas en la política española: desbloquearía la tensión interregional en este momento, tan delicado, en que España necesita todas sus energías para enfrentarse a la crisis. Pero los ideólogos del PP y su entorno mediático saben del rendimiento visceral que tiene en España insistir en la avidez catalana (un tópico de los tiempos de Felipe IV). Están convencidos, además, de que está llegando el momento de una España a la francesa: uniforme y jerarquizada desde la capital. Creen que la debilidad de Zapatero obligará al PSOE a doblegarse al modelo del PP (ya es así en el País Vasco) y creen que el lento declive de Barcelona

(y del catalanismo) hará el resto. Aprendida la lección del exceso aznarista, aceptan el guante de seda de Rajoy. Pero la mano es de hierro.

Dicha estrategia, servida con amabilidad gallega, tiene su equivalencia simétrica en la simpatía profesoral del portavoz de ERC, Joan Ridao, tan encantador como irredento en el programa Tengo una pregunta para usted. A la pregunta de si está a favor de un Estado federal, contestó: "Para federarse tiene que haber dos partes que quieran hacerlo". Parecía lamentar la ceguera de una España que impide el federalismo, modelo que ensambla libertad con unidad. Pero seguidamente definió el Estado federal como un mecanismo transitorio para ejercer "el derecho democrático a decidir". Ridao sembró confusión: ¿quiere quedarse (y de ahí el lamento) o quiere irse (y entonces cuanto peor mejor)? Esta es la confusión que sembró en España todo el proceso del Estatut. No habríamos llegado en Catalunya al actual punto sin retorno, a este callejón ciego, sin los errores inherentes a la cultura tripartita: exigir comprensión, pero coquetear con la separación. Exigir afecto, pero negarse a darlo.